

La idea de lo “orgánico” en la Escritura (2)

Prof. Hanko

A lo largo de los años, he recibido muchas preguntas que tienen que ver con textos bíblicos que supuestamente enseñan la bienintencionada y bondadosa oferta del Evangelio. Como dije en mi último artículo, el problema suele ser que la gente no tiene en cuenta ni entiende que Dios trata con la humanidad “orgánicamente.” Desde que escribí el primer artículo, he recibido dos cartas que tratan de asuntos que conciernen a la verdad de los tratos orgánicos de Dios con el hombre. Me referiré a los versículos de las Escrituras que citan como evidencia de lo importante que es conocer y comprender los tratos orgánicos de Dios con el mundo que Él ha creado.

(1) El primer texto contiene palabras que Jesús pronunció sobre Jerusalén: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34; Mateo 23:37).

La relación aquí con la realidad de los organismos es la importante relación de la familia. Los padres, los líderes de la familia designados por Dios, son responsables de sus hijos y de su conducta. Lo que los padres hacen y cómo se comportan tiene implicaciones para sus hijos.

Teniendo esto en cuenta, se puede entender fácilmente que el texto ni siquiera comience a decir que, aunque Cristo quería reunir a los judíos malvados bajo sus alas, ellos se negaron. Por lo tanto, así argumentan los hombres, los hombres frustran la voluntad de Jesús. Su deseo no se realiza debido a la maldad de los judíos.

Pero el texto no dice eso. Los malvados líderes judíos, especialmente “los fariseos” (Lucas 13:31), no son a quienes Jesús desea salvar, sino a sus “hijos.” Este deseo no se realizó del todo en el ministerio terrenal de Jesús. No se llevó a cabo porque los malvados judíos no sólo rechazaron su ministerio, sino que se negaron a permitir que sus hijos fueran recogidos por Cristo. Se opusieron a Jesús con un odio tan amargo que también hicieron todo lo que pudieron para impedir que sus hijos siguieran a Cristo.

Sin embargo, hay otro “organismo” al que se hace referencia aquí. Es el organismo de la nación judía en su conjunto, llamada, como a menudo en las Escrituras, “Jerusalén.” Toda la nación lleva el nombre de su capital. Jerusalén era el centro de la nación política y espiritualmente, pues allí estaba el trono de David y el templo en el que Dios moraba con su pueblo. La nación judía en su conjunto se llama “Jerusalén” (como América se refiere a veces como Washington DC o el Reino Unido como Londres). La nación en su conjunto había rechazado inicuaamente a Cristo. Es por eso que la nación fue destruida en el año 70 d.C, cuando Jerusalén fue demolida por los ejércitos romanos bajo Tito.

Los padres, por ejemplo, que no adoran en una iglesia sana en el día del Señor cometen un pecado grave. Pero si se niegan a permitir que sus hijos vayan a la iglesia (tal vez con la abuela o el abuelo) su pecado se multiplica. Lo mismo es verdad de iglesias y naciones, como América o aquellos en Europa, que abandonan el evangelio. La iglesia o nación como un todo es abandonada por Dios y le esperan terribles juicios.

Sin embargo, en ellos ahora hay gente de Dios, como había en la nación de Israel, y estas personas son salvas. Forman parte del organismo, pero son elegidos. El organismo de la higuera de Israel (que Jesús maldijo), aunque muerto, todavía tenía algunas ramas vivas.

Esos son “tus hijos” a los que se refiere Lucas 13:34. Jesús deseaba salvarlos, aunque la nación estaba condenada a la destrucción. Además, no sólo *buscó* salvarlos, sino que los *salvó*. Después de Pentecostés, miles de hijos de Jerusalén fueron salvados (Hechos 2:41; 4:4). Antes de la destrucción de Israel, Dios sacó a Su pueblo de la nación, como sacó a Lot y a sus hijas de las homosexuales Sodoma y Gomorra antes de hacer llover fuego y azufre sobre ellos (Gn. 19:1-26) -como Dios hará también cuando los elegidos sean sacados de la malvada Europa y Norteamérica.

No hay ni siquiera un indicio en el texto que pueda apoyar una herejía tan degradante para Dios como la extraña noción de la bien intencionada oferta del evangelio, ¡un débil e ineficaz deseo del Todopoderoso e inmutable Jehová de salvar a aquellos a quienes ha reprobado eternamente!

Para más, ver “www.cprc.co.uk/quotes/matthew2337/.”

(2) Otro texto es Mateo 11:21: “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que han sido hechas en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en saco y ceniza.”

En primer lugar, Corazín y Betsaida eran dos ciudades de Israel, que aquí representan a toda la nación, aunque había elegidos en ambas ciudades y en la nación. Las ciudades son organismos como ciudades, y las ciudades en la nación representan a toda la nación. La nación y sus ciudades habían rechazado a Cristo: “Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

En segundo lugar, lo mismo ocurre con Tiro y Sidón. Como las dos ciudades principales de Fenicia, representaban a toda la nación (No sabemos si había o no elegidos en esas ciudades, aunque en la historia de Israel se hacen referencias ocasionales a creyentes de allí, como la viuda con la que se quedó Elías en I Reyes 17:8-24 y la señora a cuya hija curó Jesús en Mateo 15:21-28). Isaías 23 pronuncia los juicios de Dios sobre Tiro, pero también contiene una promesa de salvación en el versículo 18. Pero, como naciones, los fenicios no habían tenido el evangelio y por lo tanto no podían rechazarlo.

Tercero, el pecado de Israel era, por lo tanto, mucho mayor que el pecado de Tiro y Sidón. Este es el punto de Jesús. Nunca haber tenido el evangelio y vivir en pecado no es un pecado tan terrible como haber tenido a Cristo en la tierra de uno, verlo, contemplar sus milagros y oír su predicación, y sin embargo rechazarlo. Sin embargo, los judíos no sólo no creyeron en el Mesías, sino que lo mataron por ser quien era. Eso es Europa y América hoy. Y esto fue cierto y es cierto siempre.

(3) Juan 3:16, el texto favorito de los arminianos, también habla de toda la creación como el “mundo.” Dios creó toda la creación como un organismo: los cielos y sus cuerpos celestes, la tierra y todo su contenido, y la raza humana en Adán. Como el hombre está descubriendo cada vez más, toda la creación está íntimamente relacionada, de modo que ninguna parte de ella existe independientemente de otra. Además, el hombre fue creado como cabeza de la creación y lo que hace en relación con Dios afecta al conjunto. Cuando Adán cayó, la maldición de Dios cayó sobre toda la creación.

Dios ama a esa creación. Su amor se revela al hacer de su propio Hijo la nueva cabeza de la creación, que la redime liberándola de la maldición. Ese es el organismo de Juan 3:16. Pues bien, a medida que ese organismo final es formado por Dios, las partes muertas e inútiles del mismo son podadas. Es decir, los demonios (pues incluso la creación celestial y sus habitantes pertenecerán a la nueva creación con Cristo a la cabeza) y los humanos réprobos serán podados y destruidos para siempre. Pero el organismo se salvará y las personas elegidas en él se salvarán como creyentes que pertenecen a Cristo, la cabeza de todo.

Para más información sobre Juan 3:16, solicítenos el folleto gratuito “De tal manera amó Dios al mundo (Juan 3:16)”, del Prof. Homer C. Hoeksema, o léalo en línea.

(4) Me enviaron un texto más, cuya respuesta depende de los tratos orgánicos del Dios soberano con los hombres. ¿Qué hay de la destrucción de cuarenta y dos jóvenes por dos osos en respuesta a la maldición de Eliseo por burlarse de él como profeta de Dios (II Reyes 2:23-24)? Esto ocurrió en Betel, donde se encontraba el santuario principal de uno de los dos becerros de oro (I Reyes 12:26-13:32). A mi corresponsal (y a otros) le pareció que ningún profeta haría algo así.

La respuesta a esta pregunta es que la familia ha sido creada por Dios como una unidad orgánica. Por eso el segundo mandamiento del Decálogo dice que Dios visita “la iniquidad de los padres sobre los hijos” (Ex. 20:5).

Por ejemplo, un hombre abandona una iglesia fiel y se lleva a sus hijos con él a una iglesia falsa o que se aparta. Entonces sus hijos eventualmente dejan de ir a la iglesia, y se pierden en la incredulidad y la mundanalidad. La cabeza de un hogar no puede vivir sin arrepentirse en el pecado sin que tenga consecuencias para toda su familia. Los pecados de un borracho destruyen a su familia. Es como la raíz de un árbol que se mata con todo el árbol que muere.

Israel había abandonado la adoración a Dios y se había vuelto a los ídolos. El Señor está mostrando a Israel que su terrible pecado resultara en la muerte espiritual de sus hijos. Esto también sucedió. Aunque en los días de Elías todavía había 7.000 que no doblaron la rodilla ante Baal, en los días de Ezequías los pocos adoradores de Dios que quedaban en el Reino del Norte fueron expulsados de la nación y la nación, con sus hijos, fue destruida. *Prof. Hanko*